



Cayetano Cortés

**Vida de don Mariano José de Larra
conocido vulgarmente bajo el pseudónimo
de Fígaro**

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Cayetano Cortés

Vida de don Mariano José de Larra conocido vulgarmente bajo el pseudónimo de Fígaro

Muy engañados están los que crean que la vida de D. Mariano José de Larra debe ofrecer grande alimento a la curiosidad y excitar casi el mismo interés que una novela. Su trágico fin autorizaría para creerlo así tal vez, si las grandes amarguras que envenenaron su existencia, y que tanto contribuyeron a aquél, no entrasen en un círculo que al biógrafo le es imposible traspasar. Los secretos de la familia no son propiedad de nadie, y esto nos obliga a ser muy circunspectos tratándose de un hombre cuya carrera pública empezaba apenas en los momentos en que la muerte le arrebató en la flor de su edad al país a quien había empezado a dar tan brillantes esperanzas. ¿Qué vicisitudes podría ofrecer tampoco la vida de un pobre escritor muerto a los veintiocho años? Su vida literaria es la única que ofrecería algún interés, y ésta, aunque activa y fecunda sobremanera, está fielmente reflejada en sus diversas obras. Diremos, pues, sólo lo preciso para hacer comprender el carácter de nuestro autor, el espíritu de que siempre estuvo animado al escribir, y la analogía, el contraste a veces que uno y otro presentan con sus producciones literarias. Si su talento tiene puntos de contacto con el genio de Moliere y de Cervantes; si como ellos se consagró a hacer la crítica chistosa, pero profunda, de la sociedad de su tiempo; si a semejanza de estos grandes hombres, la sátira fue en sus manos un medio de enseñar tanto como de divertir, también se les pareció en el triste y fatal destino que pesó sobre ellos mientras vivieron. ¡Fígaro, aquel Fígaro que aquellos que leían sus artículos chispeantes de gracia y festividad se figurarían probablemente en perpetua risa, no gozó un instante de felicidad y puso término a sus días con un suicidio! Su persona nos ofrece un ejemplo de la constante unión, de la íntima alianza, íbamos a decir, que tienen entre sí el placer y, el dolor, la alegría y la tristeza, el bien y el mal que forman el lote del hombre sobre la tierra.

Don Mariano José de Larra nació en Madrid el 24 de marzo de 1809. Esta fecha es notable. La invasión francesa, que ha sido sin duda alguna la primera causa de los trastornos que así en el orden social y político, como en el orden literario y artístico se han hecho sentir en nuestro país, estaba entonces en toda su fuerza, y con esta invasión debían enlazarse de una manera u otra los destinos de cuantos hombres han figurado posteriormente en ellos. Mientras una generación ya formada hacía su aparición en la escena instalando todo un sistema de ideas nuevas y desconocidas en España, otra que lo había de verificar más tarde anunciando otros principios que modificasen lo que las primeras tenían de imperfecto, venía al mundo por primera vez; los hombres de 1812 se encumbraban, y los de 1833

nacían; y, Larra, que había de hacer entre los últimos uno de los más notables papeles, vio la luz durante esta época. Su infancia no ofreció nada de particular. Criose en la casa de la Moneda de esta corte, donde residía su abuelo paterno como fiel-administrador, y contaba otros parientes entre sus empleados, en cuyo seno recibió la educación cristiana con que nuestros padres trataban de suplir la falta de otra más brillante, aunque menos sólida: la prontitud con que aprendió su catecismo fue el primer indicio que se tuvo de sus aventajadas disposiciones intelectuales; difícil hubiera sido sin embargo adivinar el giro que éstas debían tomar. Cualquiera hubiera dicho entonces que el precoz niño sería con el tiempo un gran teólogo, un eminente jurisconsulto o un sabio médico, como su padre; pero nadie hubiese pensado que su gloria consistiría en ser el primer crítico de nuestra época. ¿Podía concebirse a la sazón que se pudiera ir más lejos que Moratín?

Luego que sobrevino el año 12, y las tropas francesas abandonaron la Península, su padre, que era médico de primera clase en el ejército imperial, hubo de seguir las a Francia y se llevó a su hijo. A su llegada se apresuró a ponerle en un colegio, donde le tuvo hasta el año de 1817, en que, habiendo vuelto a España, empezó a darle una educación más seria. Como era un hombre distinguido en su carrera y de conocimientos más que regulares, le instruyó principalmente en las ciencias naturales sin olvidar por esto aquellas lecciones prácticas de mundo que sólo la experiencia de un padre está en disposición de dar a su hijo. No se perdió el fruto de esta esmerada enseñanza. El niño recogía con avidez todas las ideas que le daban; sus progresos eran rápidos, y su constante aplicación no tenía en ellos menos parte que su natural talento. El afán que mostraba por el estudio era tan grande, que odiaba toda clase de juegos; los libros eran su única diversión, y rara vez dejaba de derramar lágrimas al tener que desprenderse, de ellos para ir a acostarse.

Una circunstancia bien singular obligó sin embargo a su padre a interrumpir esta educación interior y puramente de familia. Una circunstancia singular decimos, porque lo es mucho en efecto que aquel que más tarde había de manejar con tanta maestría nuestra habla y, burlarse en tono tan festivo de los malos escritores de la misma, y en especialidad de la nube de traductores que la destrozan sin piedad alterándola con galicismos no menos opuestos a su espíritu que a su material estructura, a los nueve años no supiese hablar apenas el español, ni conociera otro modo mejor de expresarse que la lengua francesa. Esta era empero la pura verdad. Habiendo marchado a Francia desde tan niño y vivido allí encerrado cinco años en uno de sus colegios, el idioma de este país había llegado a ser nativo para él, y héchole olvidar casi completamente el castellano. Quiso remediar esta falta su padre, y al efecto le colocó en el instituto de San Antonio Abad de esta corte, y en él no sólo se perfeccionó en el conocimiento de su idioma patrio, sino que estudió la literatura latina y recibió en todo la excelente educación clásica que han acostumbrado siempre a dar los padres Escolapios. Excusado es decir que sus adelantos fueron siempre rápidos; su constante aplicación no se desmintió tampoco, ni su aborrecimiento a los juegos por que sus jóvenes compañeros se desvivían. En lo único que solía entretener sus ratos de ocio, las veces que no los consagraba a la lectura, era en jugar al ajedrez con su íntimo amigo el conde de Robles, que simpatizaba con él en gustos e inclinaciones. Nunca dio motivo para que le castigasen, y en vista de su poca travesura es seguro que tampoco se hubiera sospechado al escritor satírico, cuyas zumbas habían de hacer una eterna guerra a todos los vicios y ridículos de la sociedad, en el niño que mostraba un carácter tan pacífico y poco enredador.

Cuando salió del colegio, marchó a Navarra a reunirse con su padre, que se hallaba a la sazón de médico en la ciudad de Corella. Allí en el seno de su familia y en la primera época de su juventud, continuó haciendo la misma vida laboriosa y aplicada que había llevado durante su niñez. Todas las noches del frío invierno de 1822 a 1823 las pasó trabajando consagrado al estudio; los ruegos de su madre le obligaban sólo a retirarse a dormir a una hora muy avanzada; así es que en aquella temporada tradujo por entero del francés al castellano toda la Iliada de Homero y el Mentor de la juventud, y escribió además originalmente una gramática de la lengua española y un cuadro sinóptico de ella. Tenía sólo trece años de edad cuando compuso estos primeros trabajos. Pero instándole su padre para que escogiese una carrera, no tardó en volver a Madrid a perfeccionar su educación, como lo hizo en efecto estudiando las matemáticas y aprendiendo las lenguas griega, italiana e inglesa, en lo que invirtió tres años, y pasando enseguida a la universidad de Valladolid a estudiar filosofía con el objeto de seguir después la carrera de leyes, a que dio la preferencia.

Matriculóse en efecto nuestro escritor y ganó su primer curso; pero la suerte había decidido que no llegase a ser nunca jurisconsulto. Cuál fuese el carácter del acontecimiento que vino a interponerse de repente en su vida y le apartó de la senda pacífica y normal que había seguido hasta entonces, es cosa que ignoramos por nuestra parte y nos es así imposible revelar a nuestros lectores. Este acontecimiento misterioso parece sin embargo muy cierto, y ejerció una grande influencia sobre el porvenir de Larra. Su carácter se alteró completamente: de niño estudioso y amante del saber, pero confiado, vivo y alegre como su edad requería, se hizo sospechoso, triste y reflexivo como si fuera un hombre hecho. Una persona muy allegada a nuestro crítico pretende que sus sentimientos fueron tan profundamente afectados, que esta fue la primera vez de su vida que le vio llorar sin consuelo, y aun pretende que de aquí vienen todas sus desgracias. Lo cierto es que de resultas se vio obligado, bien a pesar suyo, a abandonar su familia pidiendo licencia a su padre para continuar sus estudios en la universidad de Valencia, a la que se trasladó desde Castilla luego que la hubo obtenido. A poco de su llegada recibió orden del mismo para venir a Madrid donde el favor y la influencia de algunos amigos le habían proporcionado un empleo, y de este modo se vio arrastrado contra su voluntad a abandonar su carrera. Un empleo era lo que menos podía convenir a un carácter como el de nuestro autor. Sentía ya en sí germinar el gran talento que había de inspirar sus obras posteriores, y no podía resignarse a enterrarse entre los expedientes de una oficina. Así es que no tardó en renunciarle; pero entonces nacieron para él otras dificultades. ¿Qué es lo que haría en adelante? ¿Por qué profesión se decidiría? Habiendo perdido dos años en viajes inútiles, le parecía mal volver a la universidad; además, en este intermedio se había enamorado de la señorita con quien se casó después, y esta era otra razón para que no pensase en abandonar la corte. Determinó, pues, cultivar la profesión más conforme con su gusto, y se hizo literato.

La literatura, como se sabe, ha sido y es todavía un estado muy poco lucrativo. En aquel tiempo debía serlo y lo era en efecto mucho menos. Nuestro escritor se sentía a la verdad con fuerzas para poder vivir y brillar con él; pero, ¿qué es lo que había de escribir en aquella época? Entonces pesaba el despotismo sobre nuestro país con toda la estupidez y brutalidad de que dio muestras en sus últimos años. Era la época en que predicar la

ilustración valía tanto como promover un trastorno revolucionario, y el gobierno miraba ambas cosas con la misma mala voluntad. Gracias que para entretenimiento y solaz de la gente ociosa se le permitiese leer los anuncios del Diario y las noticias de Persia de la Gaceta. De todo esto había necesidad sin embargo para contener a los pícaros liberales que en 1830 habían tenido la osadía de querer derribar un sistema político impuesto por el extranjero. Cuando las cosas se encontraban en esta situación, era claro que poco podía prometerse el escritor cuya ambición literaria tenía que limitarse a componer una charada en el Correo y que no contaba con más público que oficiales indefinidos. Tales eran los auspicios con que Larra entraba en la profesión de las letras, auspicios, ya se echa de ver, bien poco brillantes y fecundos en esperanzas. Sus primeros pasos en ella correspondieron en un todo a la nulidad del estado que acababa de abrazar, y la oda que escribió sobre los terremotos de Murcia dedicada al comisario general de Cruzada, Varela, el Duende satírico, folleto que don José María Carnerero le hizo suspender, y otros opúsculos insignificantes, tuvieron tan escaso mérito, que él mismo no quiso reconocerlos posteriormente por suyos, dejando de incluirlos en la colección de sus obras. Proporcionáronle sin embargo estas producciones la ventaja de darle a conocer entre los personajes más señalados entonces por la protección que daban a las letras y a las artes. El citado señor Varela le apreciaba sobremanera y le distinguía en todas las ocasiones. Como amigo particular suyo asistió a la célebre y suntuosa comida que dio al ilustre Rossini cuando éste vino a Madrid en compañía del señor Aguado por los años de 1831 a 1832.

Afortunadamente para el porvenir literario de nuestro autor, después de los memorables acontecimientos de la Granja en setiembre de 1832, la reina doña María Cristina empuñaba las riendas del gobierno durante la enfermedad de Fernando VII, e inauguraba su administración con aquella serie de medidas que hicieron entonces tan popular su administración. Hacia la misma época (agosto de 1832) empezó a publicar su Pobrecito Hablador bajo el nombre del bachiller don Juan Pérez de Munguía. Aprovechándose del cambio que entonces se hizo en la marcha política del gobierno, desenvolvió en él con cierta libertad la especialidad de talento que le distinguía. Zahirió sin piedad los abusos introducidos, las malas costumbres formadas, los funestos hábitos arraigados; la sociedad, la familia, el individuo, fueron el objeto de su censura en lo que ofrecían de reprehensible y vicioso; hízolo en tono burlesco y jocoso, pero no perdonó ninguna de las aberraciones más notables de la vida que se le ofrecían en el camino, ni ninguno de los rasgos característicos de la miseria terrestre que encontraba al paso. Así es que su folleto fue acogido del público, siempre dispuesto a simpatizar con cuantos le hagan reír, con un favor señalado. Preguntábase con anticipación el día en que saldría uno de los números en que el bachiller parlanchín acostumbraba reírse con tanta gracia de las cosas que tenían mal dispuestas contra sí a la mayor parte de las gentes: el partido liberal, es decir, la masa general de los lectores de aquel tiempo, empezaba entonces a respirar por primera vez, y no podía menos de ser muy de su gusto que se hiciese burla de todos los achaques del mundo, de todas las flaquezas de la naturaleza humana, lo que para él equivalía a hacerla de todo el sistema político entonces vigente. Una vez llegada la hora deseada corrían a la librería a arrancarse el folleto, que se leía y celebraba durante muchos días, y de este modo iba formándose la popularidad de que más tarde llegó a gozar nuestro autor. El gobierno supremo no podía ver esto con indiferencia. A Calomarde había sucedido Cea en la dirección de los negocios públicos; pero los antiguos hábitos del absolutismo subsistían en toda su fuerza. Larra procuraba a la verdad abstenerse de toda expresión de que pudiera creerse envolvía una

censura política; alguna que otra alusión de esta clase que se encuentra en su obra es tan tímida, tan embozada, que sólo sería capaz de resentirse el poder más desconfiado y sospechoso. Esto era sin embargo, el dominante en aquella época, a pesar de todas sus pretensiones de ilustración y amor a las luces, y por consiguiente tardó muy poco en suscitar obstáculos a su publicación por medio de la censura, especie de guillotina del pensamiento que acababa con las ideas con la misma celeridad que la guillotina revolucionaria hacía desaparecer los hombres.

Aquellos a quienes el espectáculo de los excesos (no imposibles de corregir) a que se ha entregado posteriormente entre nosotros la imprenta abandonada a sí misma, pudiera haber reconciliado con una institución tan brutal y tan contraria al espíritu de la civilización moderna, harían muy bien en leer los diferentes números del Pobrecito Hablador, y decir después si una publicación hasta su punto inocente debía despertar las iras censorias y ser considerada poco menos que como subversiva del orden político y social. Ya hemos dicho el cuidado con que huía nuestro autor de satirizar ninguno de los actos del gobierno; con igual cautela procedía respecto de las demás críticas suyas que pudieran creerse dirigidas a persona determinada. Véase un párrafo en que nuestro autor protesta de no abrigar segunda intención sobre este punto, y de atender sólo al remedio de los abusos y vicios que eran objeto de su sátira, sin echar a nadie la culpa de ellos. Este párrafo está escrito con tanta humildad y sencillez que no podrá menos de hacer sonreír en los tiempos en que una salvaguardia de tal especie era pasaporte indispensable para que los censores dejaran correr ciertas palabras, de que ni el gobierno ni los particulares podían darse por ofendidos, gracias a su tono moderado y blando y a su vago e indeterminado concepto. «No tratamos, decía en una nota del número 10 del citado folleto, que es uno de los escritos con mayor libertad, no tratamos de inculpar en modo alguno por los cuadros que vamos a describir al justo gobierno que tenemos; no hay nación tan bien gobernada donde no tengan entrada más o menos abusos, donde el gobierno más enérgico no pueda ser sorprendido por las arterías y manejos de los subalternos. Contraria del todo es nuestra idea. Precisamente ahora que vemos a la cabeza de nuestro gobierno una reina que, de acuerdo con su augusto esposo, nos conduce rápidamente de mejora en mejora, nosotros, deseosos de cooperar por todos términos como buenos y sumisos vasallos a sus benéficas intenciones, nos atrevemos a apuntar en nuestras habladurías aquellos abusos que desgraciadamente, y por la esencia de las cosas, han sido siempre en todas partes harto frecuentes, creyendo que cuando la autoridad protege abiertamente la virtud y el orden, nunca se la podrá desagradar levantando la voz contra el vicio y el desorden, y mucho menos si se hacen las críticas generales, embozadas con la chanza y la ironía, sin aplicaciones de ninguna especie, y en un folleto, que más tiende a excitar en su lectura alguna ligera sonrisa, que a gobernar el mundo. Protestamos contra toda alusión, toda aplicación personal, como en nuestros números anteriores. Sólo hacemos pinturas de costumbres, no retratos.»

Todo esto empero no satisfacía al poder absoluto, según hemos manifestado, y la especie de reacción política que siguió con Cea Bermúdez al sistema que proclamó la amnistía y de cuyas resultas el rey volvió a empuñar las riendas del Estado, contribuyó poderosamente a la intolerancia. Los censores se fueron mostrando cada vez más rigurosos; las mutilaciones fueron cada día en aumento; a duras penas, y sólo gracias a grandes empeños, pudieron darse a luz los últimos números del Pobrecito Hablador, hasta que con el catorceno se anunció por fin al público la muerte del bachiller. Larra, cansado de encontrarse, como

decía, con una pared en todas partes, interrumpió su publicación. Esto pasaba en el mes de marzo de 1833.

Estaba decidido sin embargo que nuestro autor fuera un escritor satírico de grande influencia, y que no le faltase por lo tanto un campo bastante vasto para desarrollar su talento. Este campo no podía ser otro que la política, la ocupación principal de nuestras generaciones, el tema de nuestros autores más distinguidos, el faro de nuestras ideas más originales, la enseña en fin tras que marcha todo nuestro siglo. El absolutismo se lisonjeaba en vano de oponer entonces barreras en España a la libertad que se adelantaba a la carrera. Nuestro país debía cambiar completamente de faz. Fernando VII, al cabo de una agonía de muchos meses, bajaba al sepulcro en setiembre de 1833, dejándonos legada una guerra civil de ocho años; y cuando el hombre del despotismo ilustrado se lisonjeaba poder continuar gobernando con los mismos principios políticos que hasta entonces, si bien aparentando plegarlos algo más a las necesidades de los pueblos, he aquí que en Talavera por primera vez, y luego después en Vitoria, Bilbao y otros puntos, da el bando carlista los primeros gritos de la rebelión que debía dar en tierra con las ilusiones del ministro. No puede entrar en nuestro plan hacer una reseña, ni la más leve siquiera, de los acontecimientos de entonces, contando cómo desde el célebre manifiesto dado el 4 de octubre por Cea Bermúdez hasta la proclamación, un tanto obligada, del Estatuto, y desde aquí hasta el restablecimiento de la Constitución de 1812, fueron enlazándose de tal manera las cosas, y ensanchándose en tales términos el problema de la regeneración del país, que las necesidades políticas se hicieron cada día más numerosas, y más grandes también las concesiones en el mismo sentido que de grado o por fuerza fue preciso otorgar a la opinión pública, que imperiosamente las reclamaba. Los mencionamos sólo para que se observe que, al compás de los progresos del sistema constitucional, se había necesariamente de extender el horizonte literario de nuestro autor, cuya pluma iba teniendo mayores y más importantes asuntos en que ejercerse. La misma censura, que sobrevivió a todas las demás instituciones del absolutismo como para protestar ella sola contra el espíritu liberal que las iba derrocando una tras otra, perdiendo una gran parte de su rudeza primitiva, dejó gozar de cierta independencia a los escritores: en cuya virtud si no podían hablar con entera libertad, por lo menos no estaban totalmente privados de decir algo. Nuevo motivo, pues, para que el genio de Larra tomase un vuelo vigoroso y brillante.

Lo que llevamos dicho indica que aquella debía ser la época en que empezasen los periódicos políticos. Nuestro crítico fue llamado a trabajar desde luego, aun antes de haber terminado la publicación del Pobrecito Hablador, en el diario que don José María Carnerero acababa de fundar en aquella época, la Revista Española. Las circunstancias de que nos hemos hecho cargo, hicieron que desde enero de 1833 hasta la muerte del rey no diera a luz otra cosa que artículos de crítica literaria y teatral, con alguno que otro de costumbres. Pero apenas estalló el movimiento de Vitoria, cuando escribió el célebre de Nadie pase sin hablar al portero, en que, desplegando ya toda la originalidad de su estilo y toda la gracia de sus chistes, señalaba de una manera profunda los dos principales rasgos del carlismo, las dos llagas que anunciaban anticipadamente su muerte, el desorden y el robo a que se entregaron sus hordas y la influencia monacal que se hizo sentir en ellas. A este artículo siguieron la Planta nueva o el Faccioso, la Junta de Castel-o-Branco y otros, en que pasó revista a otros hechos característicos del bando rebelde. Desde entonces Larra no abandonó nunca la política, que fue para él una fuente inagotable de ingeniosísimos artículos, en que

satirizó a su sabor todas las anomalías e irregularidades que le ofrecía aquella fecunda época.

Conocido es su mérito en este género de producciones literarias. Sábese que tenía un talento maravilloso para encontrar el lado ridículo de los hombres y de las cosas; que sobresalía en hacer resaltar los contrastes de todo género; que no le igualaba nadie en el arte de decir lo que quería y como quería; que su estilo, fluido y castigado, era todo lo ligero y agradable que la sátira política requiere; que, sin dejarse arrastrar de la causticidad natural del escritor de su clase, sabía contenerse dentro de los límites de la moderación y del buen tono para hacer una crítica chistosa, pero decente, de todo lo que le parecía merecerla. Esta última circunstancia, juntamente con la de no acostumbrar seguir en sus más punzantes censuras por otras inspiraciones que las de la justicia más estricta y del patriotismo más acendrado, es la que le distingue principalmente de todos los escritores que después han marchado por sus huellas. Jamás dictó sus juicios la pasión o el espíritu de partido; siempre le impelió a tomar la pluma el interés de un gran principio violado, o la defensa de una gran verdad desconocida, sin que en ninguna ocasión se propusiera burlarse de nada, llevado sólo del deseo de hacer burla. Supo, en una palabra, guardar la distancia conveniente entre la sátira y la diatriba, y de este modo se granjeó una grande y merecida popularidad entre los hombres de todas las opiniones. He aquí por qué durarán sus obras; y es muy posible que las de aquellos otros que no han sabido elevar después la crítica a tan grande altura, no sobrevivan a los partidos bajo cuyo espíritu han sido escritas. ¿Quién lee ya hoy el Zurriago?

Los tiempos en que Larra escribió la mayor parte de los artículos que han hecho tan conocido el nombre de Fígaro, que adoptó por primera vez en la Revista, eran muy propicios para que un escritor de su género aprovecharse todas sus cualidades literarias. El gobierno se veía arrastrado por dos tendencias diferentes, acosado por dos necesidades encontradas, impelido por dos exigencias opuestas. Por una parte el espíritu liberal quería imperiosamente concesiones más latas que las que se le hicieron primero en el despotismo ilustrado y luego en el Estatuto Real; por otra la opinión pública reclamaba con no menos energía la conclusión de la guerra civil, que devoraba todos los recursos y era un obstáculo a la realización de las mejoras materiales que se esperaban del nuevo régimen. Los diversos ministros que desde fin de 1833 hasta mediados de 1836 se sucedieron, no acertaron a contentar al uno ni a satisfacer la otra. En punto a concesiones liberales, parecían que el código político de 1834 era una dosis más que suficiente para calmar la fiebre constitucional del país; y en cuanto a la lucha que sostenía con el carlismo, todos sus esfuerzos se reducían a buena voluntad. La impotencia del gobierno resaltaba en todas las cosas. Enhorabuena que creyese conveniente no llevar adelante el desarrollo de las instituciones liberales; pero una parte de la nación lo deseaba así, y sólo podía perdonarle que no lo hiciera bajo la condición de manifestarse activo y eficaz en dar cima a la lucha de Navarra: esto es lo que no quiso jamás comprender; a la par de una resistencia ciega a las innovaciones políticas; resistencia obstinada hasta el punto de que el epíteto de nacional dado a la milicia ciudadana costase, una revolución, miró siempre la cuestión de guerra con una indiferencia tal, sus generales condujeron con tal desgracia además las operaciones militares, que todo eran obstáculos para él y malas posiciones. Tanta torpeza, tanta imprevisión, tantos errores, tantos desvaríos, no podían menos de ofrecer grande asunto a un satírico, y no le desperdició Larra. Todos sus artículos de este tiempo vienen cuajados de

alusiones a los absurdos del sistema con que el gobierno traía descontento a todo el mundo y no lograba casi nunca más que hacer más manifiestas su incapacidad y falta de tino. Eco de las legítimas pretensiones del liberalismo, no pierde ocasión de excitar en ellos al gobierno a que se muestre menos enemigo de las reformas por aquél deseadas, y más cuidadoso de contener los progresos de la facción carlista cuyas fuerzas iban en constante aumento. Los artículos, por ejemplo, de la Ventaja de las cosas a medio hacer, las varias Cartas de Fígaro, la Cuestión trasparente, la Alabanza o Que me prohíban este, ofrecen una prueba de sus sentimientos en esta parte. Los censores y la censura, asunto sobre que el poder no quería ceder absolutamente nada, no dejan sobre todo un momento de ser el punto de mira de sus ataques. Sus razones tenía para ello.

La política no era lo único que absorbía toda su actividad de escritor, ni el solo asunto sobre que recaía su sátira ingeniosa y locuaz. La crítica literaria, la crítica dramática particularmente le daban motivo para escribir artículos no menos notables, sin contar los de costumbres propiamente dichos, que escribió en el mismo intervalo y que no contribuyeron menos a su celebridad, como la Vida de Madrid, la Diligencia, el Duelo, los Calaveras, y otros muchos por el estilo. Era el caso que la revolución empezaba a inaugurarse así en las letras como en el gobierno, y que empezaban a darse a luz nuevos dramas, nuevas poesías, nuevas historias en los momentos mismos en que se pedían nuevos derechos, nuevas franquicias, nuevas garantías constitucionales. Por una coincidencia bastante digna de tomarse en consideración, eran algunos de los mismos hombres que figuraban en primer término en la restauración política, los que daban el primer impulso a la restauración literaria. Los nombres del señor Martínez de la Rosa, Duque de Rivas, Quintana, eran conocidos en ambos campos. Fígaro, pues, no podía dispensarse de tratar con la especialidad de su talento los asuntos de una y otra especie. Sus principios en materia de literatura guardaron una analogía completa con los que en política profesaba: enemigo de las trabas exageradas con que el clasicismo contenía el vuelo de todos los grandes ingenios, partidario de las innovaciones que habían de abrir a los poetas y a los escritores en general fuentes desconocidas de inspiración, fue uno de los primeros apóstoles del romanticismo, cómo uno de los promovedores de las reformas constitucionales. Quería el progreso, quería la novedad en todo, y ambas cosas estaban para él simbolizadas en la libertad. «Ese clamor de libertad de imprenta, tan continuo, tan incesante, tan justo, puede tener dos principios: puede considerarse como un derecho meramente político reclamado por un pueblo víctima que hace el último esfuerzo para romper la cadena; y puede mirarse también como un órgano meramente literario, exigido por un pueblo ansioso de ilustración. En el primer caso la imprenta es el baluarte de la libertad civil; en el segundo, el paladín de los conocimientos humanos.» No hemos creído poder citar palabras más oportunas para hacer ver el profundo enlace que a los ojos de nuestro autor reinaba entre la literatura y la política, y la marcha liberal y simultáneamente progresiva que ambas a dos debían seguir. Así que sus artículos críticos sobre la una se distinguían por las propias cualidades, se recomendaban por iguales circunstancias que sus artículos satíricos sobre la otra: la misma originalidad, el mismo sarcasmo severo, pero razonado, los mismos toques de estilo, la misma imparcialidad en sus juicios. Fígaro no sé desmiente nunca a sí mismo, ya tenga que apreciar el carácter de un político, o el talento de un poeta o el genio de un artista: ni la razón ni el buen gusto le abandonan un momento.

La Revista Española, después Revista Mensajero, no fue el solo periódico que en el tiempo a que nos referimos consignó sus trabajos. Estuvo también asociado durante una gran parte del año 34 a la redacción del Observador, que por entonces gozó de cierta celebridad. Sus trabajos literarios no se redujeron tampoco a los artículos de crítica, así literarios como políticos, que las circunstancias y vicisitudes del tiempo le sugerían con frecuencia. Aspirando a adquirir una celebridad fundada en títulos más lisonjeros, ya que no menos reales que los de un escritor reducido al ingrato oficio de analizar los de los más, escribió una novela histórica original, El doncel de don Enrique el Doliente, la comedia de costumbres imitada del francés, No más mostrador, el drama original de Matías, e hizo algunas traducciones de mérito, como el conocido Arte de conspirar que publicó bajo su nombre anagramizado en el de Ramón de Arriala, el Desafío o Dos horas de favor, etcétera, etc. En todas estas producciones desplegó el mismo talento, la propia belleza de estilo, igual tacto en sus asuntos que en sus artículos satíricos, si bien es preciso convenir en que, considerado como novelista y autor dramático, no es, ni con mucho, tan original ni tan nuevo que como crítico y pintor de costumbres. A ser un escritor de esta clase era principalmente llamado, y bajo este punto de vista hay que juzgarle para apreciar todo el valor de su mérito literario.

Acabamos de recorrer la época más interesante de la vida de Larra, porque en ella fue cuando labró principalmente su reputación. La atención que hemos dado a sus faenas literarias nos ha impedido ocuparnos nada de su vida doméstica, que no era tan afortunada a la verdad como su vida de escritor. Aquel Fígaro que sabía con un artículo suyo hacer reír a toda la España, no encontraba un bálsamo que suavizase las llagas de su corazón. Larra no era feliz interiormente. Él mismo lo manifestó así hablando de los escritores satíricos. «El escritor satírico, decía, es por lo común como la luna, un cuerpo opaco destinado a dar luz, y es acaso el único de quien con razón puede decirse que da lo que no tiene. Ese mismo don de la naturaleza de ver las cosas tales cuales son y de notar antes en ellas el lado feo que el hermoso, suele ser su tormento. Llámame la atención en el sol más sus manchas que su luz, y sus ojos, verdaderos microscopios, le hacen notar la fealdad de los poros exagerados, y las desigualdades de la tez en una Venus, donde no ven los demás sino la proporción de las funciones y la pulidez de los contornos: ve detrás de la acción aparentemente generosa el móvil mezquino que la produce; ¡y eso llaman sin embargo ser feliz!.....» y citando después los ejemplos de Molière y de Moratín, añadía: «Y si nos fuera lícito en fin nombrarnos siquiera al lado de tan altos modelos, si nos fuera lícito siquiera adjudicarnos el título de escritores satíricos, confesaríamos ingenuamente que sólo en momentos de tristeza nos es dado aspirar a divertir a los demás.» Nuestros lectores preguntarán qué razón podría tener Fígaro para considerarse desgraciado, él que en su corta vida se hizo un lugar tan distinguido en las letras, él cuya celebridad le granjeó, entre otras amistades ilustres, la del embajador de Inglaterra en aquella sazón, sir J. Villiers, hoy lord Clarendon, que tenía un gusto particular de verle a su lado en todas las brillantes funciones que acostumbraba a dar en su casa; la del distinguido poeta duque de Rivas, que fue su padrino de boda; la de los señores Martínez de la Rosa, conde de Toreno, general Castaños, y la de la misma reina Cristina, que deseó conocerle y le conoció en efecto, habiendo sido presentado a esta princesa por su mayordomo mayor el conde de Torrejón. Sus desgracias provinieron principalmente de su carácter. Aunque Larra era generoso y buen amigo, sentía por los hombres en general recelo y desconfianza, cuyos sentimientos sabía disimular sin embargo. En el trato social afectaba siempre modales muy distinguidos, y podía servir de modelo de

finura y cortesanía; pero en lo interior de su casa desplegaba un genio duro, desigual y poco sufrido. Era en una palabra un misántropo en la realidad, si bien amable y complaciente, en la apariencia, y esta amalgama de afectos encontrados, esta lucha entre su corazón y su cabeza, no era lo más a propósito para tener su espíritu en sosiego. Y como estaba dotado por otra parte de bastante elevación en su talento para no recargar sus escritos de toda la hiel que envenenaba sus sentimientos, la amargura que dejaban de llevar sus críticas, templadas casi siempre por la risa y el buen humor, refluía sin remedio sobre su alma y le atormentaba continuamente. Los goces del esposo y del padre, que eran los únicos que podían haber endulzado su natural condición y restituídale algún reposo, apenas fueron gustados por él. Habíase casado a los veinte años sin destino, sin carrera, sin dinero, sin recursos de ninguna clase; sin el apoyo misino de su padre, que había perdido por acontecimientos pasados. Su talento de escritor suplió en breve esta falta, que es la causa vulgar, aunque harto frecuente en nuestros tiempos, de la desavenencia de muchos matrimonios y del desorden de no pocas familias. El casamiento de Larra no resultó a la verdad feliz, pero los motivos fueron otros. Fue igualmente su carácter quien originó su desgracia en esta parte, lanzándole con frenesí en el torbellino del mundo y obligándole a ahogar entre su ruido y confusión los gérmenes de dolor que llevaba perpetuamente en su seno. Demasiado joven todavía, fue presa de mil funestas y tormentosas pasiones que acabaron de acibarar su existencia. El amor culpable que concibió por una mujer casada amortiguó en él aquel entrañable cariño que en un principio tuvo a su esposa y a sus hijos, y le lanzó en una senda de extravíos y de errores que empañaron su reputación y su buen nombre. Muy severos tendríamos que ser aquí con su memoria, a fuer de biógrafos imparciales, si su trágica muerte no hubiera sido un castigo más que suficiente de las faltas de su vida. Nuestros lectores nos permitirán pues que pasemos adelante.

De resultas de todos los disgustos y sinsabores que sufrió hacia este tiempo, trató Fígaro de dejar la España y hacer una excursión al extranjero, tanto por distraer su ánimo como por estudiar los países sobre cuya civilización se iba modelando la nuestra sucesivamente. Quiso visitar la Francia y la Inglaterra; es decir las dos naciones que han contribuido más a dar a nuestra sociedad la fisonomía y el color modernos que tanto la distinguen de la sociedad de nuestros abuelos; y como entonces estaban casi interceptadas las comunicaciones con el lado allá de los Pirineos a causa de la rebelión de las provincias Vascongadas, emprendió su viaje por Portugal, adonde se trasladó por Extremadura. Este camino le ofreció ocasión de recorrer las famosas ruinas romanas de Mérida, a que consagró dos artículos, y de hacer algunas observaciones interesantes sobre las costumbres de la provincia. Llegado a Lisboa fue muy bien recibido en todas partes, y obsequiado por los sabios y literatos que le conocían de nombre. Lo propio le sucedió en Londres y París, para cuyas capitales se embarcó enseguida. En la última de estas dos ciudades debió las mayores distinciones al señor barón Taylor, su amigo particular, y a quien conocía ya desde España, que le acompañó a las reuniones y a los establecimientos dignos de ser visitados por todo viajero que llega a aquella culta capital, y le asoció para que escribiese en una obra que entonces se publicaba allí, titulada: Descripción de la Península. Al fin, no pudiendo vivir más tiempo fuera de su patria, se decidió a volver a España a fines de 1835 después de diez meses de ausencia, verificando esta vez su viaje directamente por el Pirineo.

El Español, periódico célebre por su tamaño jamás conocido en España, y que acababa de crearse, fue quien recogió en esta época los trabajos de Fígaro. Volvió éste a su chistosa

garrulería contra los abusos de toda clase, a sus punzantes alusiones contra los desbarros del gobierno, a sus ingeniosas críticas de los teatros, de los actores y de los libros. El público continuó mostrándole sus simpatías: es verdad que sus artículos satíricos no perdieron un punto de la ligereza, de la amenidad, y de la gracia que los hacían leer con tanto gusto. Su viaje había contribuido a madurar su talento y, hacerle adquirir una solidez y un aplomo que tal vez le faltaban antes: sus críticas teatrales de esta época se distinguen de las anteriores por una superioridad incontestable, y algunas de ellas son un modelo en su género: testigos las de los dramas de Dumas Antony y Catalina Howard. Un artículo de costumbres muy notable también, Los Barateros, lleva impreso sobre sí tal sello de profundidad y de filosofía, que atestigua la impresión que durante su viaje hicieron sobre el ánimo de Fígaro las ideas de los penitenciaristas modernos, muchas de las cuales van abandonándose cada día como puras ilusiones; pero que entonces pasaban por verdades positivas, y dieron motivo a nuestro autor para que desarrollase su talento por un lado desconocido hasta entonces.

Echemos ahora una rápida ojeada sobre los acontecimientos políticos que por este tiempo se sucedían o estaban preparando, porque ellos ejercieron una influencia directa sobre las tareas literarias de nuestro autor, dándole una fisonomía especial y determinada hasta el fin de su vida, que estaba ya bien cercano. Los tres años del 34, 35 y 36 habían sido empleados en una lucha constante entre la monarquía que quería conservar todo lo que fuese posible del antiguo régimen político del país, y la opinión pública que reclamaba para éstas instituciones francamente constitucionales. El Estatuto real fue la primera concesión eficaz hecha a la segunda por la primera; pero como no fuese seguida de otras que se consideraban como su legítima y necesaria consecuencia; como, aunque la ley fundamental pudiera creerse calcada sobre principios más o menos liberales, el gobierno supremo no daba pruebas de liberalismo ni en su espíritu, ni en sus tendencias, resultó de aquí que el partido que con razón o sin ella llevaba la voz popular, empezó a trabajar en el parlamento y fuera de él para realizar las cosas a que aquel se negaba con tanto empeño. Creyose, no sin razón, que lo primero que había que hacer era ensanchar las bases mezquinas e insuficientes bajo que el señor Martínez de la Rosa había constituido políticamente la nación, y se pidió la reforma del Estatuto. Después de algunas vicisitudes, tras de algunos motines mal reprimidos, y en medio de los apuros de la guerra cada vez más apremiantes, prometió al fin la corona como me dio de sofocar el levantamiento en 1835. Diferentes circunstancias se opusieron al cumplimiento de esta promesa, hasta que por último habiéndose formado el gabinete del ministerio Isturiz en mayo de 1836, se anunció solemnemente a la nación que sus deseos y esperanzas más ardientes iban a tener logro, mediante la convocación de las Cortes revisoras que debían ocuparse en formar una nueva Constitución.

Este paso, que parecía deber reconciliar definitivamente a todos los amigos de las ideas constitucionales, los dividió sin embargo para siempre. Hasta entonces el partido liberal no estaba dividido en fracciones de ninguna clase: sus diversos miembros estaban sólo separados por líneas casi imperceptibles, y si unos mostraban más impaciencia que otros por llevar adelante la reforma política, todos convenían a lo menos en que el progreso era necesario. Pero el advenimiento del gabinete de mayo los fraccionó en dos bandos absolutamente distintos, opuestos entre sí, bandos que se han ido separando cada vez más, que cada día se han profesado mayor antipatía, mayor enemistad, mayor rencor; bandos en fin cuyo destino no ha terminado todavía, siendo a estas horas un misterio si llegará alguna

vez para ellos el día de la reconciliación, o si arrastrados antes de tristes y miserables pasiones que de un amor sincero a su país cuyo bien invocan ambos, preferirán irse a perder el uno en el despotismo, y el otro en la anarquía. ¿Cuáles fueron las causas de esta división tan fatal? Fueron a nuestro modo de ver muy sencillas. Unos se pusieron de parte de la corona en aquel la ocasión y se hicieron conservadores, ya porque la autoridad del trono les parecía la única que podía asegurar el éxito de las reformas políticas así en lo interior como en lo exterior, ya porque los medios legales les parecían más asequibles y expeditos que los medios revolucionarios, ya en fin porque el carlismo amenazaba demasiado cerca para no pensar en poner pronto término de aquel modo a las contiendas pendientes. Otros por el contrario se pusieron de parte del pueblo u obraron en nombre suyo, bien porque el dogma de la soberanía nacional, único que reconocían como legítimo, les hiciese rechazar toda Constitución emanada del poder real, bien porque sólo viesan con desconfianza las promesas y concesiones de este último, bien porque la marcha del ministerio Isturiz, que empezó su carrera con un semi-golpe de Estado, no les prometiese que había de acceder bastante a las exigencias del liberalismo. A cuyos primeros motivos de disentiendo hay que añadir los odios personales y profundos que existían entre los jefes de los respectivos partidos, que contribuyeron a rebajar notablemente la cuestión, y de una política de principios, de gobierno, que era antes, hicieron otra de poder, de ambiciones y gabinete; más claro el combate entre dos grandes principios políticos se convirtió en lucha entre dos personajes influyentes, el señor Isturiz y el señor Mendizábal, y de aquí nació la revolución de la Granja.

Fíguro se decidió por el bando conservador; no ciertamente porque sus ideas liberales no fuesen suficientemente avanzadas y aun estuviesen embebidas en el espíritu democrático, como lo demuestran muchos pasajes de sus obras. No podía suceder otra cosa respecto del traductor de las célebres Palabras de un creyente de M. Lamennais, y del notable prólogo que le precede, en que nuestro autor vierte doctrinas que no rechazarían los más ardientes apóstoles de la democracia moderna. Pero Fíguro no veía la necesidad de exponer el país a nuevos trastornos, ni las instituciones a nuevas conmociones, cuando las legítimas exigencias populares iban a ser satisfechas y asentada la libertad bajo firmes y seguras bases. Preparábase además por su lado a tomar una parte directa en el movimiento reformador, pues había sido nombrado diputado por la provincia de Ávila para las Cortes que debían llevarle a efecto; y esta circunstancia tenía que predisponer su ánimo en favor del sistema legal. Por consiguiente cuando estalló el movimiento de agosto se encontró sorprendido y sin comprender unos sucesos, en su concepto tan irregulares, encontrándose de rechazo lanzado en el partido de la resistencia, no por simpatía alguna hacia él, sino por la fuerza misma de las cosas.

Hemos entrado en estos pormenores a fin de hacer comprender cómo el pensamiento de los escritos de Fíguro, el tono general de ellos y hasta las formas de su estilo sufrieron grandes e importantes modificaciones. Ya no es el instinto espontáneo del liberalismo lo que le inspira; son sus excesos y violencias lo que llama su atención; ya no critica las cosas preocupado su ánimo de las grandes ideas de perfección y progreso; es la amargura del hombre desengañado lo que le mueve a escribir: ya no es la gracia, ni la ligereza, ni la amenidad lo que resalta principalmente en sus artículos, sino la aspereza, el coraje, la melancolía. Y es que todas sus esperanzas se han disipado; y es que todas sus ilusiones se han desvanecido; y es que un presente triste y desconsolador le hace desconfiar de todo

porvenir risueño y fecundo; ¡y es, en fin, que, el sentimiento íntimo de las cosas se le escapa por esta vez! La negación es el más estéril de los pensamientos humanos; y causa dolor ver a un escritor como Larra, condenar los desórdenes de la revolución, las atrocidades de su gobierno y los desvaríos de sus ministros en nombre de tan pobre principio. Pero su alma se había gastado ya en la lucha, y querer otra cosa de él era acaso exigir demasiado. El carro revolucionario anda demasiado aprisa para que todos puedan seguir su paso.

El artículo de El día de difuntos de 1836 señala esta nueva fase de la vida literaria de Larra, y la resume toda, por decirlo así. No seremos nosotros los que neguemos el verdadero mérito de esta composición, la profundidad con que está concebida, la filosofía con que está vaciada, la altura del tono con que está escrita; pero juzgándola bajo un punto de vista más grande que el de un miserable escepticismo, ¿tenía razón Fígaro en manifestar tanto desconsuelo, en sentir tanta amargura, en derramar tanta hiel, permítasenos la expresión, en vista de los hechos que entonces pasaban? Sabido es el pensamiento del artículo de que se trata. Nuestro autor se imagina al ver las gentes que se dirigen apresuradamente al cementerio, que éste se encuentra dentro de Madrid, que Madrid es el cementerio, «vasto cementerio, dice, donde cada casa es el nicho de una familia, cada calle el sepulcro de un acontecimiento, cada corazón la urna cineraria de una esperanza o de un deseo.» Inspirado de esta idea, empieza a recorrer las calles de la capital considerando sus principales edificios como otros tantos sepulcros cubiertos de epitafios alusivos a los acontecimientos de que cada cual había sido teatro. Al llegar al Real Palacio, lee en su frontispicio: «Aquí yace el trono, nació en el reinado de Isabel la Católica, murió en la Granja de un aire colado.» Pasa por delante de la cárcel y exclama: «Aquí reposa la libertad del pensamiento! Dos redactores del Mundo, añade, eran las figuras lacrimactrias de esta grande urna.» Al echar de ver el edificio de Correos: «¡Aquí yace la subordinación militar!» lee también su fantasía... Tal es el espíritu de las ideas de todo este artículo y del de todos los demás, poco más o menos, que Fígaro escribió hasta su muerte bajo la inspiración de los sentimientos que hemos manifestado. ¡Tristes y falaces ideas por cierto! Sí; el trono había muerto, era verdad; pero era el trono absoluto, el trono que esquivaba ser francamente poder constitucional, el trono que no quería renunciar a ninguno de sus antiguos hábitos y preocupaciones, y eso cuando no encontraba un solo defensor contra la soldadesca desenfrenada, ni un sólo palaciego caía atravesado por las bayonetas del sargento García! Sí, la libertad del pensamiento había perecido, nada más cierto; pero era la libertad de pensar representada por la censura y de cuya abolición ofrecían una imagen viva los periodistas entonces presos. Sí, la subordinación militar estaba destruida, no había duda alguna; pero era la subordinación ciega y estúpida que quería el despotismo, el cual no contó sin embargo con fuerza bastante para reprimir una sedición de tropa hecha en nombre de una idea política, teniendo que resignarse vergonzoso a dejarla salir con tambor batiente y banderas desplegadas! ¿No habían hecho bien en morir instituciones caducas y que no estaban ya conformes con el espíritu de los tiempos nuevos? ¿No convenía que la monarquía aprendiese con la experiencia que no encontraría nadie que se inmolará por ella a título de absoluta, y que su sola tabla de salud estaba en aceptar sinceramente el nuevo orden político? ¿No era un grande ejemplo ver encerrados en la cárcel a escritores acusados de haber publicado estos o aquellos pensamientos en uso de un derecho reconocido, probando así que, si a los hombres podían ponerse grillos, las ideas estaban ya libres de toda traba? ¿No era providencial ver a la fuerza arriada declararse en insurrección en

nombre de un principio y estrellarse ante ella toda la fuerza de la autoridad pública, a fin de que los gobiernos no convirtiesen en adelante a los ejércitos en instrumentos de opresión y tiranía para los simples ciudadanos, exponiéndose a que el instinto del patriotismo ahogase en ellos la voz del deber militar? He aquí lo que debió pensar Fígaro antes de hacer una crítica tan amarga y desesperada de los acontecimientos. Empero no podía ser otra cosa y él mismo nos explica porqué. «Quise refugiarme, dice, en mi propio corazón... ¡Santo cielo! También otro cementerio. Mi corazón no es más que otro sepulcro. ¿Qué dice? Leamos. ¿Quién ha muerto en él? ¡Espantoso letrado! ¡Aquí yace la esperanza!...». ¡Oh! un hombre sin esperanza no podía hablar de otro modo: así es que no es al mundo a quien debía dirigir su palabra; ¡debía hablar únicamente a Dios!

No sólo son sus artículos políticos los que se resienten del giro que la revolución de la Granja hizo tomar a sus ideas y opiniones. La misma negra melancolía, la misma sombría desesperación, reinan en sus artículos literarios, juntamente con las mismas lamentaciones por lo pasado, la misma superficialidad al examinar la razón de las cosas. Larra es, debemos confesarlo, inferior a sí mismo. ¿Trata de juzgar el Pilluelo de París? En vez de apreciar en su justo valor la filosofía de esta pieza, nos dirá que la desigualdad de las clases y de las fortunas es un mal necesario, que el continuo alarido de los muchos contra los pocos es un sofisma, cuando no pereza, que los pobres no son siempre necesariamente virtuosos ni el noble y el rico unos bribones, con otras trivialidades que, sin entremeterse a ver hasta qué punto debe ser limitado el sentido que se les dé, no probarán nunca que los grandes y los poderosos no abusen alguna vez de su posición social para oprimir a los débiles y a los pequeños. ¿Va a hacer el análisis del Felipe II? Tampoco se detendrá en examinar el drama en sí mismo, sino en decirnos que el teatro envejece diariamente, que las sociedades se desquician y que lo mismo sucede con el drama, que es su exacta expresión, que nada puede decirse de la pieza en cuestión sino que es una astilla más arrojada en la hoguera que se apaga. ¿Se ocupa en hacer la crítica de las Horas de invierno, una colección de novelas traducidas por el señor Ochoa? Nos manifestará que, aunque el traductor es un escritor de bastante mérito para ocuparse en trabajos originales, hace muy bien en lanzarse en cuerpo y alma en aquel oficio. La decadencia de nuestra nación, el envejecimiento de nuestra sociedad lo requiere así: «¿Qué haría, añade, con crear y con inventar? Dos amigos dirían al verle pasear por el Prado: ¡Tiene chispa! Muchos no lo dirían por no hacer esa triste confesión. Los más no lo sabrían; las bellas creerían hacerle un gran elogio diciéndole: romántico, algunos exclamarían: ¡Es buen muchacho, pero es poeta! ¡Otra parte, y no la menor, le calumniaría, le llamaría inmoral y mala cabeza, infernaría su existencia y la llenaría de amargura!» Esto, como se ve, no es formar un juicio, esto no es presentar un análisis, esto no es hacer una crítica; es quejarse, es llorar, es hacerse pedazos el corazón. ¡Qué contraste ofrece este modo de escribir de Fígaro con el que tenía en sus buenos tiempos! Entonces discurría, entonces meditaba, entonces se entusiasmaba con las innovaciones, entonces la esperanza era su numen inspirador; ahora divaga, cierra los ojos, no sabe sino lamentarse de lo pasado, y el desaliento le domina completamente. El mundo social, político y religioso, no es para él más que un edificio viejo que se desmorona por todas partes, a quien en vano se aplican puntales para contener su ruina; en esto no se equivocaba, pero tenía muy vendados los ojos cuando al través del polvo de los escombros no veía alzarse poco a poco un nuevo edificio mucho más brillante, magnífico y duradero.

Seríamos injustos con Larra, si no reconociésemos la influencia que ejercieron en esta última fase de su vida literaria que estamos examinando, los pesares y los quebrantos domésticos: la funesta pasión que tuvo la desgracia de concebir, olvidando los más sacrosantos deberes, se los acarreó grandísimos al fin de su vida. Por lo mismo que sus convicciones políticas habían sufrido tan rudo golpe, debió volverse naturalmente a buscar en el seno de la vida interior los consuelos que el espectáculo del mundo le rehusaba. Desgraciadamente en vez de refugiarse en los brazos de una esposa querida, se aferró cada vez más a su malhadado amor, el cual debía costarle la vida. La persona que se le había inspirado no le guardaba ya una correspondencia, sin la que se creía completamente desgraciado. La inquietud y agitación de su alma crecían por momentos. Todos los que le trataron entonces íntimamente, pudieron observar el desorden de sus ideas, la incoherencia de sus acciones, el desvarío de sus sentimientos, indicios de una catástrofe próxima. Sus últimos escritos la hacían presentir de una manera patente. En el artículo consagrado a la memoria del malogrado conde de Campo Alange decía quince días antes de su muerte con un tono melancólico y lúgubre: «Ha muerto el joven noble y generoso, y ha muerto creyendo: la suerte ha sido injusta con nosotros, los que le hemos perdido, con nosotros cruel; ¡con él misericordiosa! ¡En la vida le esperaba el desengaño! ¡La fortuna le ha ofrecido antes la muerte! Eso es morir viviendo todavía; pero ¡ay de los que le lloran, que entre ellos hay muchos a quienes no es dado elegir, y que entre la muerte y el desengaño tienen antes que pasar por éste que por aquélla, que esos viven muertos y le envidian!» ¿No son estas las palabras del moribundo?

Llegó por fin el 13 de febrero de 1837, cuyo día era el destinado para el término de la breve y tormentosa vida de Fígaro. Su amada, después de cinco años de amores, quería romper unos lazos doblemente ilegítimos y criminales, y él lo resistía con todas sus fuerzas. Creyendo poderla decidir a cambiar de opinión, quiso tener con ella una entrevista donde invocase los antiguos recuerdos e hiciese valer sus protestas de ahora. Túvola en efecto en su casa la noche de dicho día, pero nada consiguió. Todos los esfuerzos del amante se estrellaron ante la impasible resolución de la mujer. Esta acabó por exaltarle con su indiferencia, por enardecerle hasta el último punto con su despego, y apenas habían pasado unos cuantos minutos después de haberse despedido fríamente y sin dejarle ninguna especie de consuelo cuando... oyeron los criados de Larra un ruido que al principio tomaron por la caída de un mueble, pero que luego que entraron en la habitación después de un larguísimo rato, ¡conocieron había sido la detonación de una pistola con que se había quitado la vida! ¡Se había suicidado delante del espejo! ¡Y fue una de sus pequeñas hijas la que primero echó de ver la desgracia de su padre!!!

Tal fue el desgraciado fin que tuvo el primer escritor satírico de nuestros tiempos, y cuya relación era lo único que nos quedaba por hacer para dar cima a nuestra tarea. ¡El risueño, el ameno, el chistoso Fígaro murió de esta manera tan trágica, tan lamentable! No, no seremos nosotros los que disculpemos su acción, y menos todavía los errores y las faltas que poco a poco le arrojaron en el delirio que se la hizo cometer; pero permítasenos a lo menos asociarnos al voto unánime de toda la juventud literaria de España, que inmediatamente olvidó al suicida para no acordarse sino del escritor, y del escritor que con tanta gloria marchaba por las mismas huellas que Cervantes, que Moliere, que Juvenal y que todos los grandes satíricos. Algunos años más de vida, alguna más grandeza en su genio, he aquí lo que le faltó para haberse colocado a la altura acaso de estos grandes

hombres: los homenajes tributados a su memoria atestiguan bien cuán grande era el vacío que iba a dejar en las letras españolas contemporáneas. Sabida es la pompa con que fue acompañado a la sepultura, sabidas son las sentidas composiciones que se leyeron sobre su cadáver, las tristes palabras que allí se pronunciaron, el dolor de que estuvieron penetrados todos los circunstantes. ¡Estas muestras de simpatía hacia el desgraciado Larra, se han renovado después cuando en el mes de marzo de este año se trasladaron sus cenizas al cementerio en que reposan las de Calderón y las del nunca bastante llorado Espronceda! Hoy día comprenden ya todos que a los hombres no les toca más que rendir homenaje al talento: a Dios sólo corresponde pedir cuenta del uso que se haya hecho de él.

Concluamos, pues, añadiendo que la circunstancia de haber muerto antes de sus veintiocho años, dejando una esposa joven con un niño que ahora tiene doce años, y dos niñas, una de diez y otra de ocho, debe hacernos más respetuosos todavía con la memoria de Fígaro.

C. CORTÉS

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como **[voluntario](#)** o **[donante](#)**, para promover el crecimiento y la difusión de la **[Biblioteca Virtual Universal](#)**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **[enlace](#)**.

